



QUIMERA

NOVELA POR ENTREGAS

por Antonio Moreno Álvarez

Capítulo 10

Un Ángel en Hambalaia.

Esa combinación de blanco, blanco y más blanco a mí no me gustaba demasiado, parecía uno de esos “ángeles” que estaban de moda, tan modernos ellos. Solo tenía que teñirme el pelo, las cejas y las pestañas de blanco y sería un “ángel” más recorriendo las calles. Había conseguido enmascarar el uso del ordenador bloqueando la salida a la red, ahora podría usarlo sin miedo a que en alguna parte un fichero-log grabara todo lo que iba a hacer, aunque era poca cosa; ver qué demonios había dentro de un holocubo de cristal azulado transparente que me había dado el skinny. De pronto, comenzó a oírse ruido en los pasillos, conecté el monitor y vi que unos cuantos cabezones se situaban estratégicamente, mientras que un par de pacificadores se acercaban hacia la puerta de la casa de Eve. Apagué las luces y me quedé en silencio, mirando la pantalla. Los dos pacificadores se situaron a ambos lados de la puerta y tres cabezones en las zonas de acceso a la puerta.

-Mierda -pensé apretando los puños y conteniendo la rabia-, creen que todavía no he llegado, pero esperan que aparezca. Bueno, si no enciendo las luces y uso los auriculares con el holo, no deberían notar que estoy aquí. Los cabezones estarán a las órdenes de los pacificadores, así que no harán nada por su cuenta.

En silencio, andando muy despacio y descalzo, puse los auriculares y los sintonicé con el holoreproductor, giré la pantalla para que la luz que emitiera se dirigiera hacia el interior y no alertara a los pacificadores.



-Lo malo será salir -pensé mientras me rascaba la cabeza. Desechando seguir pensando en eso, puse en marcha el reproductor. La imagen del skinny apareció en la pantalla. Me acomodé en el sofá, lentamente, no queriendo hacer el más mínimo ruido.

-Un equipo de científicos escindidos del proyecto embrionario Supra Dune seleccionó veinticinco cadenas genéticas, buscaban un tipo especial de material genético, de persona.

-Vaya, algo coherente y no una de esas historias raras de las tuyas – pensé, mientras abría lentamente otra botella de ginbirra fresca.

-Acudieron a una de las bases de datos de ADN donde están registrados todos los seres humanos del planeta. Buscaban cadenas genéticas estables y sencillas, que permitieran el cambio de grupos completos por otros...

-SupraDune, ese proyecto suena mucho últimamente –me dije tomando nota mental del hecho.

-...Estos grupos extraídos de la cadena fueron reconstruidos en laboratorio. Haciendo honor al término “ingeniería” reelaboraron los trozos de cadenas que habían extraído de cada una de ellas. Las veinticinco cadenas seleccionadas, pertenecían a gente de todo el planeta, una de ellas correspondía a una persona de nick oficial Deckard –dijo el skinny dejándose caer en el sillón virtual que se había creado en el suelo, mientras el fondo se iluminaba y se convertía en un hermoso bosque al atardecer.

-Imposible –susurré mientras dejaba a un lado la botella, algo confundido y nervioso-. Eso no es posible.

-Tu cadena genética estaba entre las veinticinco seleccionadas, era estable, muy estable para sus propósitos. A partir de cada cadena de ADN desarrollaban un ser humano en el que incluían las modificaciones pertinentes. De cada uno de ellos se hicieron hasta diez versiones. Era una nueva forma de entender la biotecnología.

-No puede ser –dije en voz muy baja, negando con la cabeza-. Eso no se puede hacer.

-Era el siguiente paso en experimentación. Se introducían mecanismos completos y determinados en cada cadena para que generara modificaciones muy concretas en algunos órganos. Todos útiles para los fines que perseguían, conectar a un ser vivo pensante a la red, que creciera, aprendiera, viera, oyera, sintiera, pensara en bits. Sólo uno de aquellos sobrevivió.

-No –seguía sin creer lo que oía-. No se puede crear un trozo de cadena en laboratorio, eso es imposible, los millones de...

-Supongo que debería de explicarte cómo lo hicieron.

Eran las cuatro de la mañana, me había pasado el holocubo tres veces. Escuchando una y otra vez toda la información que había en él, volúmenes completos de ingeniería genética, datos de algunos hechos



sorprendentes, actos criminales ejecutados por la gentuza que creó al skiny, visiones personales del skiny. Todo estaba en el holocubo. Lo siguiente que hice fue enviar a una máquina de las Islas Salomón una copia encriptada completa y otra a una estación meteorológica en Los Apeninos.

Tras pasear como un león enjaulado por el salón de Eve, decidí el siguiente paso.

-Necesito algo fuerte –susurré mientras me dirigí al pequeño almacén de bebidas, donde encontré una buena imitación de sinté con sobreteina.

Llevaba un buen rato pensando qué demonios había querido decir el skiny con lo de “el teatro”, necesitaba encontrar a El-Abuelo y a Eve cuanto antes. Eso era lo primero que quería hacer, luego volver a conectar con el skiny. En aquel momento me parecía curioso que no lo hubiera hecho ya él aquí, seguro de tenerme localizado en todas partes. No, lo primero era ver cómo escapar teniendo dos vigilantes armados en la puerta que no me dejarían salir así como así.

-Pero, claro, todavía hay partes en sus razonamientos que no acabo de entender. Supongo que es cuestión de información y ahora dispongo de mucha más y puedo empezar a comprender mejor todo este jaleo -susurré como si ya fuera normal el hablarme en susurros.

Decidí conectarme a la red, desviando la señal a una máquina de Norcanadá, para que pareciera que era otra persona la que se estaba conectando, enmascarando la salida de la clave de la máquina de Eve, no era algo demasiado seguro, pero bastaría para usarla un rato. Busqué en la ciudad todas las entradas relacionadas directa o indirectamente con la palabra “teatro”. Había demasiados datos, siete teatros abiertos, referencias a una veintena de teatros cerrados, representaciones callejeras, y un sinfín de textos y obras arcaicas y modernas.

-Debe ser un lugar donde puedan estar ellos dos. Si recordara las palabras exactas que dijo el skiny, “ve al teatro” –repetí mentalmente esa frase una y otra vez y me quedé mirando fijamente el holo de Eve, mirando pero sin ver, mirando sin ver...

-¿Y sí? –mientras tecleaba en el ordenador la palabra teatro buscando su definición. En la pantalla se me mostraban varias acepciones, sólo una me golpeó en la cara como un puñetazo. “Teatro. Del gr. théatron, de teásthai, *mirar*”.

-Mirar, ve a mirar. A algún lugar, pero cuál –pensaba dándome cuenta de que estaba como al principio o peor-. Quizás a algún mirador,



pero no hay ninguno en la ciudad y creo que nunca hubo ninguno.

Probé con las palabras griegas y encontré un antiguo local que hacía mucho tiempo estaba demolido, donde se representaban obras de teatro, el Teasthai, en la actualidad no era más que un hotel en la zona persa, el Royal Hambalaia. Era la única pista decente que tenía, así que debía seguirla, no tenía muchas más opciones. Tras prepararme otra cuenta en un Banco de Nueva-Bahamas, hice una reserva en el hotel y escondí el holocubo original en una rejilla del sistema de filtraje del aire. Mientras me disponía a salir, volví a pasar por el espejo y tomé una rápida decisión.

No es que me hiciera mucha gracia, pero me parecía una buena manera de pasar desapercibido, una más. Con el pelo, cejas y pestañas blancas, camiseta blanca y pantalón blanco plastificado tenía un aspecto de lo más estúpido, pero al menos no llamaría mucho la atención en la calle. Vuelta a empezar, pensé con aburrimiento.

El sol despuntaba por entre los edificios de la zona comercial y la luz entraba por una de las ventanas polarizadas de la sala. Me dirigí al ordenador, intentando colarme en la central de los cabezones, con la intención de repetir la misma jugada que hizo el skinny cuando me salvó el cuello. No me iba a resultar tan fácil como a él, logré identificar los registros de los tres que estaban en el pasillo, pero no había manera de darle ninguna orden tan compleja, o eso o habían mejorado la seguridad. Así que me decidí a hacer algo más sencillo, introduciría la información de que habían localizado a Deckard en el último piso. Al cabo de unos segundos, el monitor mostraba cómo los cabezones y los pacificadores se disponían a subir hacia el piso donde supuestamente me habían localizado los cabezones. Eché un vistazo a mi alrededor por si me dejaba algo y salí.

La luz del amanecer le daba un extraño aspecto a la calle donde se encontraba el hotel. Era uno de categoría media, la fachada era curiosa, tenía dos columnas de un metro de diámetro de un material imitación de mármol verde, todo el frontal estaba decorado con símbolos -supongo que persas- tallados en la pared que había resistido mal que bien la contaminación de la ciudad y presentaba un aspecto grisáceo, la puerta parecía una buena imitación de madera con remaches dorados y en forma de arco. El video portero de la entrada desentonaba bastante con la simulación de decoración persa que había, todo este decorado tan falso como el de los parques me hacía pensar en la palabra decadencia. Me acerqué al video portero forzándome a no tener prejuicios sobre el hotel, y deseando que mis pesquisas no hubieran sido erróneas.

-Hola, tengo una reserva, número 99-6-A.



Una cara medio dormida apareció en el monitor, era una joven de aspecto indio, con la tez fina y ese moreno tan hermoso reforzado por una cejas azabache y labios finos.

-Un momento, por favor –contestó la joven saliendo del campo visual de la cámara.

Volvió al poco tiempo y me pidió que introdujera el código que se me había asignado con la reserva. La puerta se abrió y su interior me llamó poderosamente la atención. La luz estaba muy tamizada y provenía de unas lámparas que imitaban la forma y el tono de unas antorchas de aceite. Todo estaba abigarradamente cubierto de telas de vivos colores que colgaban en un orden aparentemente desordenado pero agradable a la vista. El ambiente olía a algo dulzón y penetrante, muy refrescante y placentero. El mostrador donde se encontraba la joven era de madera, o algo que se le parecía, tallado con elefantes en diversas posiciones. A ambos lados de la entrada había sendas escaleras que subían hacia los pisos superiores. Los escalones eran blancos y brillaban de haber sido pulidos con algún tipo de pátina o producto que los hacía casi reflejar la imagen.

-Señor Ckard, su habitación ya está lista, es la 288 –susurró la joven, en tono cantarino y sensual.

-Gracias, ehm... antes de subir, me gustaría saber si se han registrado dos amigos o han aparecido por aquí.

La joven llevaba una especie de túnica celeste con bordes dorados que me parecía preciosa y casi de otro mundo. No pareció sorprendida, su rostro permaneció impassible, como esperando que yo continuara.

-Verá, la joven se llama Eve y quizás venía acompañada de una persona mayor de unos sesenta años. Alto y con el pelo blanco.

-No estamos autorizados a facilitar información de nuestros clientes, señor, normas del Consorcio.

-Ya, pero, son amigos míos y hemos quedado aquí. En fin, no sé cómo explicárselo –cada vez quedaba menos convincente, sabía que esa línea de charla no me llevaría a ninguna parte, como no fuera al fracaso total. Esta joven era del género “zen duro”. Tenía que encontrar su punto débil para conseguir avanzar un poco.

-Señor Ckard, lo lamento mucho pero este establecimiento se rige escrupulosamente por las normas, si prefiere esperar a que llegue el director.

-Ahí estaba la clave, -pensé mientras la miraba intensamente- ha dicho que se “rige escrupulosamente por las normas”, ahora sólo me falta encontrar el agujero, el director, el director... ella no quiere complicarse la vida, quizás ya se la ha complicado en otras ocasiones.



Mientras pensaba, ella cambió de expresión y mostró una sonrisa casi imperceptible, un ligero rictus que yo quería creer que era de complicidad, aunque también podría ser cualquier otra cosa.

-Lo entiendo, bueno, si los ve pasar por aquí, ¿sería tan amable de avisarme a mi habitación? –dije con la intención de tantearla. Dirigiéndome a la escalera.

-¿Es usted un “ángel” de verdad, señor Ckard? –contestó en un susurro mientras me marchaba de recepción.

-No –dije girándome hacia ella y deteniendo mis pasos. Ahora me tocaba a mí hacerme el “zen duro”. Mantuve la mirada en ella un instante.

-Habitación 111, y tenga cuidado, señor –dijo sonriendo y mirándome con cierta expresión maternal que no fui capaz de entender.

Le devolví la sonrisa y me dirigí a la escalera, buscando la primera planta y la habitación que me había indicado. Cuando la encontré, acerqué la oreja a la puerta por si podía oír algo. Nada. Me disponía a llamar pensando en Eve, cuando los nudillos se detuvieron justo a escasos centímetros de la puerta. Corriendo, subí a mi habitación, en la segunda planta, y conecté el ordenador que había frente a la cama. Tras un buen rato de manipular en la red, encontré un agujero en la cuenta de correo electrónico del hotel, y con eso ya estaba todo arreglado, me hice administrador de sistema en cinco minutos. Tenía acceso a las cámaras de las habitaciones. Pero, para mi sorpresa, la de la habitación 111 estaba desconectada, comprobé al azar cinco o seis cámaras de diferentes habitaciones y todas estaban conectadas.

-El-Abuelo, seguro que ha sido él. Pero por qué se arriesga a que lo pillen y den aviso a los pacificadores. ¿Habrá sido el skinny? Sí, eso debe ser –dije mientras me sentaba en la cama-. ¿Y por qué me ha dicho la chica de recepción que tenga cuidado? Demonios, estoy tan cerca y no acabo de entender por qué no me atrevo a aparecer en su habitación.

Rápidamente me acerqué al videofono, apreté el botón que anulaba la cámara de video y me puse a buscar el identificador de habitación, para mi desgracia, estaba integrado en la propia placa. Tras pensar qué hacer, marqué en la consola el 111.

-¿Sí? –dijo una voz al otro lado, su terminal también tenía desconectado el vídeo.

Desconecté. Conocía esa voz. Pensaba una y otra vez mientras salía corriendo de la habitación hacia las escaleras. Era la voz de Solojohnny.



Llegué a la primera planta a toda velocidad. Me planté delante de la puerta de la habitación 111 y llamé. Tras unos segundos eternos, me abrió la puerta el propio Solojohnny, que sonreía sin abrir la boca. En su mano derecha llevaba una pistola eléctrica.

-Hola, Deckard, cuánto tiempo, pasa –dijo con irónica amabilidad.

-¿Tengo que levantar las manos como en las malas películas? – contesté mostrándole las manos con un movimiento que más recordaba al de un mago que al de alguien que es encañonado con un arma. Esos cacharros tienen un regulador de potencia, desde una descarga mínima que te puede dejar inconsciente hasta un rayo eléctrico que te electrocuta al instante.

Solojohnny no contestó y me hizo un gesto con la pistola para que pasara al interior de la habitación. Allí estaban El-Abuelo y Eve. Ambos inmovilizados con un casco de seguridad, El-Abuelo además tenía la camisa desgarrada y un precinto en las manos y en los pies. Eve parecía estar bien y tenía las manos y los pies libres. El casco impedía la visión, pero podían oírme.

-¿Deckard? –dijo Eve con tono inseguro.

-Alguien que llega tarde y en el peor momento, seguro que es él – contestó El-Abuelo malhumorado.

-Ponte ese precinto –dijo Solojohnny señalando una tira de metal plástico que estaba sobre una de las camas.

-Veo que estás siendo poco cortés con los invitados, lo normal es invitar a la gente a tomar algo, quedar para cenar –contesté cogiendo el precinto.

-Cállate –elevando mucho el tono de voz.

-¿Manos o pies? –pregunté sentándome en la cama, al lado de Eve.

Por toda respuesta recibí una descarga de la pistola. Sacudí el cuerpo en un espasmo de dolor y sangré por la nariz y la boca. No quedé inconsciente, pero estaba entumecido y con un intenso tormento muscular, las heridas me ardían con una intensa punzada de dolor.

-¿Estás bien, Deckard? –preguntó Eve acercándose a tientas hacia mí.

-Vale, en las manos –dije en cuanto recuperé el aliento-. Sí, no te preocupes, Eve. ¿De qué va esto, Solojohnny?

-En cuanto el skinny desvió el furgón de transporte sabíamos que tú acabarías apareciendo.

-¿Sabíamos? –pregunté en tono irónico.

-He llegado a un acuerdo con ellos.

-Imbécil, te eliminarán en cuanto dejes de serles útil –contestó El-



Abuelo negando con la cabeza-. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

-¿Y cuántas veces tengo que decirte que te calles de una maldita vez?
-gritó muy alterado Solojohnny. Tras un tenso silencio. Sacó una especie de comunicador del bolsillo y tecleó algo.

-Supongo que llamas a tus nuevos amigos, ¿no? -dije intentando animar un poco el ambiente-. Ya que estamos fritos, no creo que nos haga daño que nos cuentes que va a pasar con nosotros, eso es lo típico de esos seriales baratos, ¿no?

-Eve se viene conmigo, lo que os pase a vosotros ni lo sé ni me importa -contestó mirando nervioso la hora.

-Parece que es ella a cambio de ti -dijo El-Abuelo acomodándose en la cama-. Lo único que lamento es lo que habrán hecho eso cabrones con mis perros.

-¿Qué opina Eve del trueque? -pregunté mirando cara a cara a Solojohnny. Antes de que pudiera contestar, alguien llamó a la puerta de la habitación.

-¿Sí? -dijo Solojohnny acercándose con cautela a la puerta.

-Señor, el servicio técnico vendrá en unos minutos a revisar el sistema de ventilación -contestó educadamente la voz que reconocía claramente como la de la joven de recepción.

-Aquí todo funciona bien, señorita -respondió groseramente Solojohnny.

-Lo sé, señor, el problema lo tiene la habitación del piso superior.

-¡Vale! En cuanto nos marchemos -contestó perdiendo la calma.

Momento que aproveché para levantarme de un salto y, como tenía las muñecas unidas por el precinto, formé una maza entrecruzando los dedos de las manos y le di un golpe en la nuca con todas las fuerzas que pude reunir. No cayó inconsciente, como suele pasar en las historias de heroicos pacificadores, pero dejó caer el arma. Me abalancé sobre ella y asiéndola lo mejor que pude le disparé dos veces hasta que cayó sin sentido al suelo.

-Deckard, ¿qué pasa? -preguntó nerviosa Eve.

-Seguro que nada bueno -contestó El-Abuelo incorporándose de la cama.

Me acerqué corriendo a El-Abuelo y, con más esfuerzo del que pensé que me costaría, logré liberarlo del casco de seguridad.

-Maldita sea, Deckard, acabarás por hacer que nos maten -gruñó el viejo. Por toda respuesta, le di un beso de pura alegría en la frente, contento como estaba del cambio de situación y sabiendo que ambos se encontraban bien. En cuanto liberé a Eve y volvió a ver, me quitó el precinto de las manos y entre los dos liberamos a El-Abuelo.



-Vámonos de aquí antes de que lleguen los nuevos amiguitos de Solojohnny.

-Tengo que recuperar a mis perros –dijo El-Abuelo mientras salíamos de la habitación a toda prisa.

-Luego -contesté mientras miraba buscando con los ojos a la chica que había llamado a la habitación en momento tan oportuno.

-¿Dónde iremos, Deckard? –preguntó Eve con voz jadeante mientras corríamos escaleras abajo.

-A buscar a mis perros –contestó, monotemático, El-Abuelo.

-En tu casa -dije mirando a Eve mientras llegábamos a Recepción-, tienes visitas con porras eléctricas, supongo que en mi casa y en la de El-Abuelo habrá otro tanto, así que...

En la calle, tras un rápido vistazo, comprobé que no había nadie. Salimos corriendo del hotel y nos refugiamos en un callejón lateral, los tres con la respiración agitada, sobre todo El-Abuelo.

-Deckard, siempre has sido un experto en complicar las cosas -susurró el viejo mientras recobraba el aliento.

-¿Has intentado alejar a los de mi casa? -preguntó Eve mirando a su alrededor nerviosa, como buscando alguna amenaza oculta.

-Seguro que la ha pifiado -dijo El-Abuelo jugando a decírselo en el oído a ella, pero que se oyera bien alto.

-Conseguí que se alejaran los cabezones, pero... -comencé a decir justo antes de que el viejo me volviera a interrumpir.

-Vamos a un terminal, a ver si todavía tengo mano para esas cosas -haciendo crujir los huesos de los dedos.

Me gustaba cuando usaba ese tono, entre modesto y orgulloso, entre humilde y soberbio, entre tonto y sabio, reconocía esa cara que ponía cuando sabía que algo le iba a divertir, tanto si lo conseguía como si no. En cuanto recobramos el aliento nos dirigimos a un terminal público, el viejo nos pidió que le hiciéramos de pantalla con nuestros cuerpos, por si aparecía alguien. Se puso a teclear como siempre, sin parar y mirando las teclas y no la pantalla. Eve y yo nos mirábamos.

-¿Qué opinas de lo de Solojohnny? -pregunté con un interés contenido.

-No sé -mirándome directamente a los ojos-. Exactamente qué me estás preguntando.

-¿Qué casa elegimos? Todas están vigiladas -interrumpió El-Abuelo como si te preguntara si querías un helado de melaza o de cereales.

-Me gustaría cambiarme -contestó Eve, con gesto algo ingenuo y ojos llenos de brillo juvenil.

-Su casa -le contesté al viejo mientras éste ya se ponía manos a la



obra.

-Dime, Deckard, qué quieres saber -preguntó ella mirándome de nuevo a los ojos.

-Verás, no sé, igual tú y él, o los dos... no sé, quizás deberías... - contesté mirando a todas partes menos a ella.

-No me gusta Solojohnny, él puede estar colgado conmigo, pero a mí no me merece la más mínima atención en ningún sentido. ¿De acuerdo? - categóricamente, Eve pronunciaba cada palabra con la mayor seguridad del mundo. Como si le dejara muy claro a un niño que no debe coger lactogalletas antes de cenar.

-Bueno, esto ya está, señorita, vamos a su casa -dijo El-Abuelo guiñándole un ojo a Eve.

Al poco, cogimos un aérotaxi, no sin antes prometerle al viejo que en casa de Eve había comida, eso y el añadido de que después de comer iríamos a buscar a sus perros. En el vehículo, le pregunté al viejo qué demonios había hecho con los pacificadores y los cabezones, y me contestó que tenía hambre y que ya me lo contaría después. Eve y yo estábamos convencidos de que conociendo al viejo no encontraríamos a nadie y todo estaría seguro.

En cuanto llegamos a casa de Eve, nos calmamos un poco, al ver que no había ni rastro de vigilancia y que todo parecía de lo más normal. Con más tranquilidad, me fijé en que en todos estos días que no había visto a El-Abuelo el pelo de la barba le había crecido desordenadamente y la cabellera había adquirido un tono ligeramente dorado. El viejo miraba inquisidoramente a su alrededor pero estaba callado, silencioso. Eve se había retirado al baño y yo intentaba ordenar los pensamientos, pensando que pronto aparecería por aquí esa gente, por mucho que hubiera hecho El-Abuelo. Poco más podía hacer, desear que en la confusión y entre órdenes contradictorias de mandos que rendían cuentas a diferentes grupos de presión, tardarían un poco en controlar la situación, eso y el hecho de que el viejo hubiera enviado una orden de un alto cargo de los pacificadores para que acudieran a las afueras de la ciudad a resolver un interesante caso de discusión doméstica. De pronto, El-Abuelo se levantó y se fue a la cocina, lo escuché trastear y al poco volvió con una bandeja llena de comida. Tranquilamente se puso a comer.

-¿Y ahora qué? -dijo mientras sorbía algo de color rosáceo de un plato.

-Tengo muchas cosas que contaros, pero antes quiero saber qué os han hecho todo este tiempo.

-Poca cosa. Creo que hemos estado en manos de dos o quizás tres bandos diferentes dentro del propio Orden, o del equipo de alguna empresa vinculada al sistema, lo digo por el trato tan diferente que hemos recibido.



Eso sí, preguntas y más preguntas, y lo que más me molestaba era cuando me enchufaban el aparato ese que polariza el hierro de la sangre...

-Lamento que te hayas visto liado en esto –contesté en voz baja y agachando la cabeza.

-Ya –dijo mientras terminaba el plato y comenzaba con otro que tenía una pasta de color azufre.

-¿Y a Eve? –pregunté frunciendo el ceño.

-No la he visto hasta hace un par de días. Pero por las ojeras también deben haberle hecho pasar malos ratos –mientras levantaba la mirada del plato y abría una lata de pasta de pomelo-. Ya te dije que no debías venir a mi casa con la movida que tenías encima –dijo tras mascar el bocado de tenía en la boca y señalándome con la pequeña cuchara de metal azul que tenía en la mano.

-Sabes que sigo pensando que eres un hombre de honor y he pensado mucho en lo que te ha ocurrido por mi causa.

-La cuenta ya está saldada -contestó sin mirarme.

-¿Quiero que veáis el holocubo que me ha dado el skiny?

El-Abuelo continuó comiendo como si no me hubiera oído.

-¿Qué pintaba Solojohnny en todo esto? –pregunté gesticulando con la cara, reforzando la pregunta.

-Al chico le gusta la muchacha –contestó mientras apuraba la lata.

-¿Eso es todo? ¿Solojohnny se queda colgado de Eve y decide salvarle la vida a cambio de la mía? –dije malhumorado.

-Así son las cosas, Deckard, ¿qué esperabas? El chico no da para mucho más –mientras se acomodaba en el sofá disfrutando de la comida.

-¿Pero cómo sabía que yo aparecería?

-Joder, desde hace tres días el tío no se aparta de ella, nos trasladan a los tres y el skiny desvía el furgón, cuando llegamos al hotel intentamos separarnos y es entonces cuando Solojohnny saca un arma. ¿Sigo... o te lo tengo que poner por escrito? Anda, enséñame ese holocubo -respondió como el que pide que le ponga un holovideo de acción y aventuras.

-¿Sabes que una parte de la cadena genética del skiny es la mía? –dije con la intención de impresionarlo. Lo malo es que sólo conseguí que se quedara mirándome sin decir nada-. Sintetizaron un virus especializado en copiar trozos de cadena de ADN, gracias a esto podían generar trozos de cadena a una velocidad increíble. Consiguieron generar humanos con un cerebro casi intacto, casi, sólo que todas las entradas de aprendizaje de ese organismo eran la red.

-¿El proyecto Supra-Dune? -dijo por fin el viejo.

-En parte, hay más proyectos implicados –respondí contento de haber captado su atención.

En ese momento apareció Eve, fresca como una rosa, con el pelo



mojado, descalza y llevando una túnica lisa de color mostaza con bordes rojizos.

-Espero que hayas dejado algo para mí –le dijo a El-Abuelo mirando la bandeja de comida. Este contestó con un inocente encogimiento de hombros.

-¿Estás bien? –preguntó ella poniéndose en cuclillas frente a él. Preocupada por su salud, sabiendo todo lo que habían pasado y el terrible desgaste físico que había supuesto para alguien de su edad.

-El-Abuelo es de buena pasta –dijo poniéndole la mano sobre el hombro con franca camaradería.

-¿Y tú cómo estás? –mirándome a los ojos, también preocupada por mi estado-. Ya veo que estás hecho un “ángel”... –dijo bromeando sobre mi aspecto y dirigiéndose a la cocina a hacer acopio de comida.

-¿Qué más? –dijo el viejo, deseoso de continuar la charla conmigo.

-Verás, se dieron instrucciones en la propia cadena para que algunas partes de órganos fueran fáciles de adaptar a microingenios creados con nanotecnología, así, sus terminales visuales estarían conectados a la red, todo lo que vería sería la propia red.

-Espera, espera, ¿de qué coño hablas? –contestó agitando las manos con desconcierto.

-Seleccionaron varias cadenas de ADN y, fundiéndolas, desarrollaron un ser humano en el que incluían modificaciones biotecnológicas. Cambios muy concretos en algunos órganos, con el fin de conectar a un ser vivo pensante a la red, que creciera, sintiera, aprendiera se integrara con la red. Sólo uno de aquellos experimentos sobrevivió.

Eve llegó desde la cocina y se sentó en el suelo, escuchando atentamente sin pronunciar palabra y dispuesta a comer.

-Un cerebro conectado aprendería del entorno, sólo que su mundo, su marco de aprendizaje sería la red global, ¿eso es lo que es el skiny? –preguntó El-Abuelo ensimismado con la idea.

-Al menos, eso es lo que dice el skiny. Según cuenta en el holocubo que me ha dado, parece ser que se hicieron varias versiones como si de un programa de software se tratara. En la primera versión le dejaron el aparato fonador, con la idea de comunicarse con el nuevo ente creado.

-¿Los suecos? –preguntó Eve.

-Creo que son varios países, los chinos y los italos están implicados también, eso no lo sé con certeza, ya que dentro hay ramas de actuación con criterios diferentes.

-¿Qué pasó con el skiny en esa versión? –interrumpió El-Abuelo intentando no perder el hilo de la charla.

-Parece que el skiny hizo o dijo algo que no les gustó, él no sabe bien qué fue. Pero como a él le gustaba cómo sonaba su voz, la guardó en



registros sonoros escondidos en varios puntos de la red. En la siguiente versión le quitaron la capacidad de hablar y así hasta la última versión, la décima, la que ellos decidieron que estaba perfectamente optimizada.

-¿Y de qué le servía ese registro guardado? –preguntó Eve mientras bebía agasal de un bote.

-Según él cuenta, a lo largo de todas las versiones, para sus creadores el skiny empezaba de nuevo, sin recuerdos, otro ejemplar diferente del anterior pero en sus sucesivos “nacimientos”, modificaciones y “muertes” fue acumulando información valiosa para él que guardaba troceada y escondida en la red. Así cuando la nueva versión estaba lista, antes o después encontraba la información que él mismo se había dejado en algún rincón de la red, recordaba. Fue en esa época cuando desarrolló el sistema holonumérico, porque necesitaba una manera de esconder esa información, rápida, segura y a salvo de todos.

-Increíble –dijo Eve mientras encendía una pipa.

-Todo eso está en el holocubo. Lo he visto tres veces, sin poder dar crédito a lo que dice el skiny.

Deckard se levantó y puso el holocubo, iniciando una búsqueda hasta situarlo más o menos en la parte de la historia que aún no había contado. En el video se veía al skiny sentado en un sillón virtual de vivos colores y un fondo también generado de jardín de estilo francés.

-“...Me quitaron la capacidad de hablar, algo que lamenté muchísimo. Hicieron muchas versiones, hasta un total de diez, hasta que ellos decidieron que ya estaba perfectamente optimizado. Tuve que mostrarles el sistema holonumérico original y por eso hace años es de dominio público, aunque la patente está registrada a nombre de una filial de la compañía en Nebourne. Del proyecto nadie ha llegado a saber gran cosa, usaban y siguen usando, un sistema muy curioso de seguridad. No se guardó ni un solo registro de quiénes eran las personas seleccionadas, las que participaban en el proyecto, notas técnicas, nada. Cuando alguien entraba a formar parte del proyecto y poseía información relevante, al cabo de un año era eliminado...”

-Holo. Alto –dije deteniendo el video-. Aquí fue cuando me pregunté cómo sabía él que usaron mi cadena para fabricarlo.

-¿Y no te has preguntado cómo es que sigues vivo todavía? –dijo El-Abuelo apostillando mi pregunta.

-Todo esto puede ser una gran y absoluta mentira, ¿lo has pensado, Deckard? –contestó Eve dando una gran bocanada a la pipa que acababa de encender.

-Seguid viendo lo que falta. Holo. Continúa. –paternalista, gesticulé con los labios chasqueando la lengua.



-“... El encargado de estas “limpiezas” de seguridad era Stiff, él guardaba un pequeño diario personal con sus anotaciones, que escribía a mano en una pequeña agenda. Allí encontré muchos datos importantes, pero aún no sabía quién era yo, al menos quién era en el porcentaje de cadena original que habían dejado. –El skinny se levantó y caminó alrededor del sillón virtual, como si estuviera en alguna reunión importante, con las manos a la espalda y tono serio-. Usé la fuerza bruta de cálculo de toda la red, puse a cientos de millones de ordenadores a comparar mi cadena genética con la de la base de datos central, hasta que encontré las que coincidían en un tanto por ciento significativo. Hice miles de pruebas con elementos tomados al azar, hasta que concluí que yo era, de alguna manera, una pequeña parte de Deckard. Después obtuve toda la información disponible de ti, hasta que Stiff eliminó a tus padres.”

-¿¡Qué!?! –El-Abuelo dio un puñetazo en la mesa.

-Holo. Alto –volviendo a detener el holo.

-¿Stiff eliminó a tus padres? Según su lógica, deberían haberte matado a ti, todo esto es un absurdo.

-No, tiene su lógica, sólo es cuestión de saber por qué. Veréis, hay demasiados intereses contrapuestos en el experimento del skinny, demasiado en juego. Holo. Continúa”.

-“Nada es infalible, incluso en sus sistemas de control. Se filtró la información de que la cadena usada era la de Morgana, tu madre –dijo el skinny mirando dramáticamente hacia la pantalla-. Por eso Stiff los eliminó en lugar de a ti. Alguien, que todavía no sé quién es hizo ese arreglo, sacrificó a tus padres para que tú siguieras con vida, por razones que todavía no he descubierto, pero que pronto espero saber. Aunque supongo que Fazzoletti y Laureana tuvieron algo que ver. Mi mejor suposición es que pretendían usarte, o a tu cadena, de un modo más *creativo*, quizás por eso pretendían mantener entero...”

-Holo. Alto –dijo esta vez Eve, con el gesto algo confundido-. ¿Por qué eligió Stiff provocar un accidente en el túnel para eliminar a tus padres y a tantos otros cuando podía simplemente envenenar a tu madre o mil cosas más?

-Sí, claro –contesté triste al pensar que estaban hablando de mis propios padres.

-Perdona, Deckard, no quería –dijo Eve sentándose a mi lado en el sofá.

-No pasa nada –contesté, viendo que ella estaba preocupada por el rudo comentario que había hecho-. Según dice el skinny, Stiff tenía sospechas de que ya habían puesto a otro limpiador en marcha y él era el primero en la lista, Stiff les estaba dando una señal de aviso a sus jefes. Holo. Continúa.



-“En el diario de Stiff anotó. Cito: «Hoy he hablado con el número dos, le he dicho que llevo años preparando un sistema de seguridad para que no se atrevan a quitarme de en medio. Tengo suficientes medios como para, automáticamente y si algo me sucede, que vayan cayendo uno tras otro, el incidente del túnel los ha convencido de que no bromeo...» Tardé seis meses en localizar casi todos sus sistemas de seguridad, y otro mes en dejarlos inoperantes, incluso tuve que contratar a una serie de personas que hicieran algo más de lo que podía hacer yo. Hasta que por fin pude eliminar a Stiff, la rabia y el odio me cegaron, fue un acto de venganza personal, nada más que eso”.

Autor: Antonio Moreno Álvarez; Sevilla, España.

***Quimera*. Novela inédita por entregas. Capítulo 10.**

Hyperespacio Andrómeda. www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.